







*CARTA DE DESPEDIDA DEL OBISPO  
de Orihuela , á los Curas, Clero y demás dioce-  
sanos suyos.*

**L**legó por fin, hermanos míos, el triste y funesto caso de separarnos de vosotros, tal vez para no volver á veros durante esta vida mortal. Una órden terminante del Rey nos extraña de estos Reynos. Besamos con toda sumision y respeto la mano que ha firmado este Decreto, y nos preparamos á ponerlo en egecucion sin la menor tardanza. Mas como en fuerza de nuestro carácter tenemos relaciones tan íntimas con vosotros, y somos deudores á sabios é ignorantes, como de sí á la el Apóstol, hemos pensado daros razon de nuestra conducta, no sea que nuestro silencio escandalice á los pequeños, ó preste materia á la malicia para ensangrentarse en el Ungido del Señor.

Es verdad, no lo negamos, que el Ministro de Gracia y Justicia nos comunicó en nombre del Monarca una órden relativa á que mandásemos á todos los Curas Párrocos, ó los que hicieren sus veces, explicasen á sus feligreses la Constitucion Política de la Nacion, en los domingos y demás dias festivos, como parte de sus obligaciones. Deseamos dar cumplimiento á una órden emanada de



un Rey á quien siempre hemos mirado con el mayor interes y con el mas respetuoso amor. Mas desde luego se nos ofrecieron inconvenientes gravísimos para darle el puntual cumplimiento. Acudimos al Padre de las luces, suplicándole se dignase iluminarnos para no errar en asunto de tanta importancia. Bien reflexionado, formamos juicio que comprometíamos nuestra conciencia si nos prestábamos á mandar á nuestros Curas lo que se nos ordenaba; y contestamos al Ministro que venerábamos el Decreto de S. M. pero que no podíamos en conciencia cumplimentarlo; pues harían de explicar á los fieles el Santo Evangelio del dia, ó alguna otra verdad ó máxima cristiana, como les está mandado por los Concilios y Bulas Apostólicas, con respecto á la salvacion de las almas, que es el objeto de su mision, y de la nuestra. El objeto único, digimos en nuestro interior, de reunirse los fieles en el templo del Señor, no es, ni debe ser otro que la adoracion, la oracion, la recepcion de los Santos Sacramentos, la asistencia á los Sacrificios y oficios divinos, ó el escuchar la palabra de Dios de boca de los Pastores, ó de los Predicadores evangélicos. Obligar á los Curas á que expliquen la Constitucion Política, es darles una mision nueva, es transformarlos de Ministros de la palabra de Dios, en Ministros de las palabras de los hombres: es convertir la Cátedra del



Espíritu Santo, en Cátedra de Derecho público; es ocupar el tiempo y el lugar destinado por la Iglesia para la instruccion de los fieles en las leyes divinas y máximas de la fe, en instruir á los mismos en las leyes políticas ordenadas por la Potes-tad Civil para el gobierno y felicidad temporal; es finalmente imponerles un peso ageno de su mi-nisterio, y en muchos tambien sobre sus fuerzas. ¿Cómo pues podremos en conciencia cargar con esta nueva obligacion á nuestros Párrocos cuando no la ha tenido jamás Ministro alguno de la divi-na palabra, aunque contemos desde el primer Pro-feta del antiguo Testamento, hasta el mas peque-ño predicador del nuevo? Jesucristo y sus Após-toles nos abrieron el camino que hasta ahora he-mos seguido, y la Iglesia nuestra Madre y maestra no nos permite seguir otro. Id, dijo Jesucristo á los Apóstoles, y en ellos á sus sucesores; predicad el Evangelio, y enseñad á los hombres todo lo que os he dicho: *quæcumque mandavi vobis*. Tal es el oficio del Obispo y el de aquellos que le ayu-dan á desempeñarle, mayormente cuando los fie-les se reunen en el Santuario de Dios vivo, y en los dias y tiempo destinado precisamente para dar-le culto y oir de sus Pastores la divina palabra. Si registramos las santas Escrituras, oimos que di-ce Dios al Profeta Ezequiel: „Hijo del hombre „te he puesto por atalaya de la Casa de Israel,



„oye las palabras de mi boca, y anúnciaselas en mi nombre.” Palabras dirigidas no menos á los Pastores del nuevo Testamento que del viejo. Si leemos el capítulo 6.º de los Hechos Apostólicos, hallamos que los mismos Apóstoles, á quienes debemos imitar, declararon, y resolvieron para sí, no ser justo abandonar el ministerio de la palabra de Dios, por atender á la distribucion de las limosnas á los pobres; *non est æquum nos derelinquere verbum Dei, et ministrare mensis*, y eligieron siete Diáconos para ocuparse en este ministerio de caridad corporal. Mas nosotros, digeron, ocupémonos constantemente en la oracion y predicacion de la divina palabra. ¿Cómo pues podremos nosotros sobrecargar á los Curas con una obligacion extraña de su ministerio, cuando son tantas las de este que apenas pueden llenarlas aun los mas laboriosos é instruidos?

Reflexionando sobre esto nos vino á la memoria la obligacion que nos impuso la Iglesia al tiempo de recibir de la misma y de Jesucristo el Episcopado; y notamos que durante la sagrada ceremonia de nuestra ordenacion tuvimos sobre los hombros el libro de los Evangelios, y despues se nos entregó diciendo: *Toma el Evangelio, anda y predícalo al Pueblo que te se ha encomendado*. Esta es nuestra mision, y la que podemos y debemos comunicar á nuestros coadjutores los Párrocos y de-



más Operarios del Campo de la Iglesia. Mision que hemos recibido no de los hombres, sino de Dios mismo, y no podemos abandonarla. Cuando los Apóstoles fueron reprehendidos de los Magistrados de que predicaban á Jesucristo contra lo que ellos les tenían ordenado, ¿qué respondieron? *Antes debemos obedecer á Dios que á los hombres.*

¿Qué os diremos de lo que prescriben los Concilios de la Iglesia sobre este particular? no os citaremos mas que el Tridentino. Ses. 5. cap. 2. de reformatione. „Todos los Obispos, dice, Arzobispos, Primados y todos los otros Prelados „de las Iglesias estén obligados por sí mismos, si „no estuviesen legítimamente impedidos, á predicar el Santo Evangelio de Jesucristo, y si no „pudiesen por sí (en conformidad de lo mandado „por el Concilio general Lateranense) váganse de „sugetos idóneos para practicar saludablemente el „ejercicio de la predicacion; y lo mismo los demás Prelados que tuviesen Cura de almas, y esto „á lo menos los domingos, fiestas solemnes, enseñando á los fieles lo que todos deben saber para „su salvacion: los vicios de que es preciso separarse, y las virtudes que conviene seguir para „evitar la pena eterna y alcanzar la gloria perdurable. Miren los Obispos no se cumplan en ellos „las quejas del profeta Jeremías: *los pequenuelos pidieron pan y no habia quien se los repartiese.*” Estos son, hijos míos, los poderosos motivos que



impulsaron nuestra respetuosa contestacion al Ministro de Gracia y Justicia, que arriba indicamos. Sin embargo, hemos sido condenados á un extrañamiento de los dominios de España con ocupacion de temporalidades. Abrazamos gustosos esta resolucion de S. M. como debemos hacerlo no solo por temor, sino tambien por conciencia; enseñándoos de este modo con nuestro egemplo, lo que tantas veces os tenemos dicho de palabra y por escrito, ya en nuestras pláticas familiares, ya en nuestras Pastorales impresas; conviene á saber: la obediencia debida á las leyes divinas y humanas, la subordinacion á las legítimas potestades tanto Civiles como Eclesiásticas, el honor y deferencia á los mayores en toda clase, y señaladamente á la ley fundamental de la Monarquía, la Constitucion Política que todos hemos jurado despues que la juró el Rey. Leed nuestra Pastoral de 28 de Marzo último, y os convencereis de la injusticia con que hemos sido censurados de omisos en algunos papeles públicos. Es verdad que no hemos repetido exhortaciones sobre este particular á nuestros Curas, y demás dispensadores de la divina palabra; pero ha sido porque no lo hemos juzgado necesario, no habiendo llegado á nuestra noticia que algun predicador secular ó regular haya esparcido doctrinas ni proposiciones ofensivas al actual gobierno y sus leyes.

Por lo demás, estando para separarnos de



vosotros y acaso para siempre, no podemos menos de hacer á nuestra despedida los oficios de un Padre amante de sus hijos, y de un Pastor solícito de su rebaño. Os encargamos encarecidamente el santo temor de Dios, el amor á la justicia, la paz y la caridad cristiana, como hijos todos de un mismo padre llamados á la eterna herencia de la gloria por los méritos de Jesucristo que nos redimió con su sangre. No ameís, hijos nuestros, el mundo ni las cosas que él ama: vuestro corazón ha sido criado para cosas mayores. El mundo pasa, y todo lo que hay en él. Hoy es el hombre, y mañana no parece. No os fascineís con sus falsas promesas de felicidad, libertad, y de igualdad, que tanto se proclaman en nuestros días. La verdadera libertad es vivir libre de pecados, no ser esclavos de las pasiones. La felicidad á que debeis aspirar es á estar en gracia de Dios, y ser sus hijos por la práctica de las virtudes cristianas, para ser un día herederos de la gloria, y ciudadanos del cielo. A salvarse, hijos nuestros, á salvarse, y para ello es menester guardar los mandamientos de Dios, y para guardarlos es menester saberlos, estudiarlos y meditarlos. Por último, hijos nuestros, padres y madres de familia, os encargamos por las entrañas de Jesucristo que seáis solícitos de que vuestros hijos desde niños se embeban en la doctrina cristiana, y máximas de la fe que se enseñan en las escuelas de primeras letras: que aprendan los



catecismos dogmáticos de Ripalda, é histórico de Fleuri, ú otros semejantes, para que alimentando estas tiernas plantas con la leche de la sana moral, y verdades de la fe, den á su tiempo el fruto de buenas obras que los haga buenos ciudadanos de la Iglesia y del Estado, y por último del Cielo. Mucho nos tememos de su perversion, si no andais muy solícitos en su educacion y crianza: velad para que el hombre enemigo no sobresiembre otra semilla que la que os tenemos predicada, y se pierda todo el trabajo que hemos empleado en el fomento de las escuelas de niños y de niñas, bien persuadido de la importancia de su buena educacion para preservarlos de los extravíos de la juventud, tan propensos á llevar de las pasiones, y de los malos ejemplos. Quisiéramos como S. Pablo, poderos decir que á ninguno hemos ofendido; pero sí podemos asegurar, que no hemos querido ofender á nadie y sí hacer bien á todos, mayormente en orden á su salvacion. Os agradecemos el amor con que nos habeis recibido, y el honor con que nos habeis respetado. En torno os aseguramos que os encomendaremos siempre á Dios en nuestras oraciones y sacrificios, os pedimos hagais lo mismo con Nos, y os damos nuestra bendicion Pastoral. Poblacion de Santa-Pola 12 de Agosto de 1820. = *Simon, Obispo de Orihuela.*

IMPRESO EN MURCIA,

Y REIMPRESO EN VALENCIA POR MARTIN PERIS. 1820.





